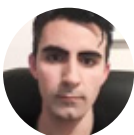




MidTerms: una mirada general pero profunda del sistema político estadounidense

Las elecciones de medio término desde la perspectiva de la función histórica que han revestido, la cultura política estadounidense y la situación que actualmente atraviesa el país del norte, aquejado por una incipiente crisis inflacionaria tras las medidas económicas de emergencia por la pandemia.



Felipe Galli

Gualeguaychú, Argentina. Estudiante de Ciencia Política en la Universidad de Buenos Aires. Abiertamente LGBT. Se dedica al análisis electoral y al periodismo político de manera independiente. Cofundador del medio @PoliticaCarta con cuatro compañeros de mi carrera.

Este 8 de noviembre, Estados Unidos celebrará un proceso electoral gigante, que tiene como eje central la renovación de los 435 escaños de la Cámara de Representantes y 35 de los 100 escaños del Senado, configurando así la 118ª legislatura del Congreso. Asimismo, se renovarán varios miles de cargos en el orden subnacional, incluyendo treinta y nueve gubernaturas (36 en estados y 3 en territorios no incorporados), y 6.630 cargos legislativos de nivel estatal. Un sinfín de ciudades elegirán alcalde y concejales. A este proceso, que tiene lugar al término del segundo año de mandato del presidente Joe Biden, se lo conoce como *MidTerms* (literalmente “medio término”).

Analizar la política de un país con tal cantidad de cargos, tantas variables y tal importancia a nivel internacional en términos generales es muy difícil. Nos limitaremos a repasar el sistema político-electoral, la cultura partidista del país (con algunas referencias históricas), consideraciones generales respectivas a esta elección particular (incluyendo estados clave) y, por supuesto, una revisión sobre las críticas

Sistema electoral

Cada uno de los cincuenta estados tiene dos escaños en el Senado y una delegación variable en la Cámara de Representantes basada en su población. Esto va desde estados como Alaska, con un único escaño general (o *at-large*), hasta estados como California, que renovará hasta 52 congresistas este año. Esta elección será la primera que se celebra luego de una importante redistribución de escaños realizada después del censo de 2020.

Estados Unidos elige casi todos sus cargos por medio de escrutinio uninominal, un sistema mayoritario en el que cada distrito electoral posee un único representante y, por lo tanto, el partido más votado se queda con el cargo independientemente de la cantidad de votos obtenida por los demás partidos. Los senadores se renuevan por tercios y sus mandatos son de seis años, con el Estado mismo como único distrito. A efectos de la elección de la Cámara, cada estado se divide en las mencionadas circunscripciones, cada una de las cuales está representada por un congresista.

Además de los estados, Estados Unidos también tiene el Distrito de Columbia, su capital, así como otros territorios no incorporados. Si bien estos no eligen congresistas, si tienen una representación delegada con derecho a voz, pero no a voto. Son cuatro territorios los que revalidan su representación delegada este año, todos con un único escaño.

Cultura política

El sistema de partidos estadounidense es ampliamente reconocido como el exponente emblema del modelo bipartidista, protagonizado por Demócratas y Republicanos. Todos o casi todos los funcionarios electos pertenecen a estos partidos o son independientes que ganan con el apoyo de alguno de los dos. La última vez que un legislador nacional fue elegido por un tercer partido fue en 1984.

Hoy por hoy, las elecciones congresionales suelen ser muy disputadas. Entre 1930 y 1994, la Cámara de Representantes era un bastión demócrata. Presidentes republicanos como Richard Nixon o Ronald Reagan obtuvieron sus respectivas reelecciones por márgenes abrumadores, pero debieron igual coexistir con mayorías demócratas en el Congreso. La Cámara fue retenida por dicho partido en cada elección con las únicas excepciones de 1946 y 1952. Esto se debió en gran medida a la división ideológica del Partido Demócrata entre una facción nortea progresista y una facción sureña conservadora (que a su vez era hegemónica). Por tanto, en esa época se suele sugerir que en esencia había tres partidos, con los Demócratas del Sur y los Republicanos conformando un bloque conservador.

La fluctuación ideológica en los partidos (aunque sigue habiendo matices) ha finalizado en gran medida. Hoy por hoy, se considera ampliamente que el Partido Demócrata es una fuerza que va del centro a la centroizquierda, con algunas posturas de izquierda, mientras que el Partido Republicano ha ido virando de la centroderecha a volverse más marcadamente de derecha, con facciones de derecha dura cada vez más fortalecidas. Movimientos de izquierda encabezados por figuras como Bernie Sanders o Alexandra Ocasio-Cortez han utilizado a los Demócratas como vehículo electoral, mientras que el movimiento de derecha populista encabezado por el expresidente Donald Trump ha prácticamente cooptado el Partido Republicano por completo. Las expresiones de republicanos "liberales" y de demócratas "derechistas" son casi nulas en tiempos modernos.

Un clivaje de marcada importancia en la cultura política estadounidense es la raza: la cuestión de la esclavitud de los afroamericanos, que marcó el Siglo XIX y devino en la guerra civil (1860-1865), además del posterior desarrollo del movimiento por los derechos civiles en el Siglo XX, y las denuncias de acoso y maltrato por parte de las fuerzas de seguridad a personas no blancas que siguen hasta el día de hoy y que influyeron en el estallido de protestas masivas tras el asesinato de George Floyd en 2020. Por fuera de la relación negro-blanco, también está el crecimiento exponencial de la población latina. El tema migratorio (sobre todo latinos y musulmanes), ha dominado las discusiones políticas recientes.



Los derechos reproductivos, sexuales y de género también están en el tablero, sobre todo con la aprobación de legislaciones restrictivas en materia de identidad de género y la regresión de una Corte Suprema marcadamente conservadora sobre el famoso caso Roe v. Wade, que legalizó el aborto en todo el territorio nacional en 1973, permitiendo la criminalización de la interrupción voluntaria del embarazo en estados conservadores.

Consideraciones generales sobre esta elección en particular

Estas elecciones son vistas como un desafío trascendental para la administración del demócrata Joe Biden, que aparece complicado en las encuestas en medio de un cuadro económico mixto, beneficiado por la creación de millones de puestos de trabajo pero jaqueado por una inflación récord (hoy principal preocupación de los votantes según las encuestas) y un marco político de extrema polarización que, de momento, parecen favorecer al opositor Partido Republicano, el cual podría tomar el control de ambas cámaras del Congreso (o por lo menos, de la Cámara de Representantes).

Las tradiciones políticas de un país donde los arraigos y cábalas electorales son comunes no están tampoco del lado de Biden. Desde la década de 1990, cuando la Cámara de Representantes se volvió fluctuante después de décadas de hegemonía demócrata, el partido del presidente ha tendido a perder el control de la misma en las *MidTerms*, con George W. Bush en 2002 como única excepción. Jimmy Carter (quien, curiosamente, perdió la reelección) es el presidente demócrata más reciente que ha logrado retener el control del Congreso a mitad de mandato, en 1978. Tanto Obama como Clinton perdieron la Cámara en sus dos *MidTerms*, lo mismo que Bush (hijo) en 2006.

Respecto a los discursos de campaña, tal y como se señaló antes, la cuestión de género ha estado en el centro del debate, sobre todo en el discurso de los demócratas. Estos buscan capitalizar en votos la regresión en materia de derechos reproductivos provocada por la Corte Suprema (nombrada en su mayoría por presidentes republicanos y con tres jueces de la era Trump). Fue notorio el impacto que la caída de Roe v. Wade tuvo en las encuestas, pues la opinión pública estadounidense es hoy ampliamente favorable al aborto legal, y lo que parecía ser un cómodo paseo para los republicanos entre la toma de poder talibán en Afganistán, el estallido de la guerra en Ucrania y el desbarajuste económico, se terminó convirtiendo en una batalla a muerte.

Los republicanos han respondido, más que nada, esquivando dar opiniones sobre temas controversiales, mientras defienden su agenda conservadora tradicional a la par que centran sus críticas en atacar la política económica del gobierno. Hoy por hoy, la mayoría de los sondeos consideran que tienen serias chances de tomar el control de la Cámara, mientras que el Senado aparece muy peleado o incluso con tendencia a los demócratas.

Además de implicar un bloqueo práctico del programa legislativo del gobierno de Biden (por la mencionada falta de tendencia a la cooperación que se ha visto en los últimos años), una victoria republicana podría darle al partido un buen espaldarazo de cara a las elecciones presidenciales de 2024, en las que Biden ha anunciado buscará la reelección, contra un probable intento de Trump de obtener el segundo mandato que fracasó en ganar hace dos años.

El ambiente de desconfianza electoral se ha incrementado desde este suceso. En una movida con poco o ningún precedente en la historia electoral estadounidense, Trump no reconoció su derrota y trató por todos los medios de subvertir el resultado, afirmando que las elecciones habían sido fraudulentas. Esto culminó con el asalto al Capitolio el 6 de enero de 2021, cuando los resultados debían certificarse ante el Congreso. El espacio político de Trump se ha colgado de este discurso en casi cada una de las elecciones que han tenido lugar después, con poco o ningún fundamento o evidencias.

Esto no es de extrañar. Además de la creciente radicalización, el liderazgo de Trump sobre el Partido Republicano, con poco o ningún precedente para un expresidente (sobre todo uno que ha perdido la reelección) funda su legitimidad en la noción de que no perdió las elecciones y que estas le fueron robadas, por lo que no merece "desaparecer" de la escena como Jimmy Carter o George Bush (padre). Los demócratas, que a su vez buscan retratar a los republicanos

con Trump de líder como “neofascistas”, también han contribuido a mantener al expresidente en el centro del debate político, con el fin de emplearlo para captar votos moderados a pesar de haberse desplazado también a la izquierda (obviamente, con un enfoque mucho menos visceral que aquel con el que los republicanos se han desplazado a la derecha) en muchos temas espinosos.

Estados y contiendas clave

En años recientes, muchos estados que antes eran vistos como bastiones seguros casi sin competitividad se han vuelto más disputados. Sin embargo, las contiendas electorales estadounidenses siguen debatiéndose en un conjunto de estados oscilantes. Estados que estuvieron en el centro de la batalla de 2020 volverán a repetir su papel, sobre todo los que este año renovarán senadores. Citaremos solo algunos ejemplos, tanto para el Senado como en las gobernaciones:

Arizona fue una nota sorpresiva en 2020 cuando Joe Biden se convirtió en el primer demócrata desde Clinton en ganar el estado, y el segundo en un lapso de casi setenta y cinco años. Arizona es uno de los seis estados gobernados por republicanos en los que se dio este fenómeno y que renuevan gobernador este año, con una contienda entre Kari Lake (respaldada por Trump luego de que deslegitimara públicamente la victoria de Biden) y la secretaria del Estado demócrata Katie Hobbs (que controvertidamente deberá supervisar su propia elección como autoridad). El estado se volvió oscilante más que nada por la abrumadora afluencia del voto latino, que pasará a representar un 19% del electorado y que votó por los demócratas por un margen de tres quintos en la última elección.

Michigan es, por otro lado, la antítesis partidaria del caso anterior. Un estado confiablemente demócrata por muchos años, se ubica en la región del *Rust Belt* cuyo giro favorable a los republicanos fue determinante para que Trump ganara la elección de 2016. Biden recuperó el estado para el partido azul en 2020, pero este se mantiene competitivo. Si bien no renueva senadores, verá una interesante contienda gubernativa, también entre dos mujeres: la titular demócrata Gretchen Whitmer contra la republicana trumpista Tudor Dixon.

Georgia, un estado sureño de pasado esclavista, verá un duelo por una banca en el Senado entre dos afroamericanos. El titular es Raphael Warnock, que alcanzó su puesto en la segunda vuelta de hace dos años y garantizará a los demócratas un ajustadísimo control de dicha cámara. Se enfrentará al exjugador de fútbol americano Herschel Walker, respaldado directamente por Trump. Walker, con una férrea campaña en contra del aborto en todos los casos, incluyendo el de violación, se vio envuelto en una dura polémica cuando se denunció que pagó la interrupción del embarazo de una exnovia suya “porque no era momento para ser padre”, así como denuncias de maltrato y abandono por parte de sus hijos. En la gobernación se verá una reedición de la reñida contienda entre Brian Kemp, gobernador republicano en ejercicio, y Stacey Abrams, que aspira a convertirse en la primera gobernadora afroamericana de un estado sureño.

En Nevada, la senadora demócrata Catherine Cortez Masto, considerada una aliada importante del presidente Biden, pelea duramente por un segundo mandato. En 2016, ella junto a Hillary Clinton ganaron el estado a pesar de haber perdido la elección federal, siendo que Nevada se considera un *swing state* (literalmente: “estado péndulo”) y suele votar por el ganador nacional. Biden reeditó ese triunfo por poco en 2020, manteniendo a Nevada como un estado competitivo con tendencia demócrata. El aspirante de los republicanos, Adam Laxalt, fue copresidente de la campaña de Trump en Nevada y un vocal defensor de teorías conspirativas de fraude electoral.

Pensilvania fue uno de los estados que se consideraron claves para facilitar la victoria de Joe Biden en el Colegio Electoral, luego de que este se impusiera allí por poco más de un punto porcentual, y renovará un senador este año. El vicegobernador en ejercicio, John Fetterman, es candidato de los demócratas con una plataforma progresista en torno al aumento del salario mínimo, la salud pública y la reforma de la justicia penal. Se contraponen con Mehmet Oz, estrella de televisión y candidato republicano que ganó las primarias con el

respaldo de Trump con una línea bastante conservadora en materia de aborto y control de armas, aunque él mismo ha buscado definirse como “moderado”. La contienda gubernativa ve al fiscal general Josh Shapiro representar al oficialismo demócrata, contra un candidato sorprendente de los republicanos, Doug Mastriano, un fundamentalista cristiano conocido por sus puntos de vista ultraderechistas.

Wisconsin aguarda una carrera extremadamente competitiva entre el senador republicano Ron Johnson, titular y aliado incondicional de Trump, y su retador demócrata Mandela Barnes, de discurso progresista. Se dice que esta contienda es tan decisiva e impredecible (siendo además que se da entre dos candidatos con posturas firmes dentro de sus partidos) que podría definir el control del Senado por los próximos dos años. La gobernación la tienen hoy los demócratas con el liberal Tony Evers, que buscará su reelección en ajustada batalla contra el republicano conservador Tim Michels.

Controversias: ¿cuán democrático es Estados Unidos?

Las opiniones sobre el sistema político estadounidense son amplias y polarizantes. El país se jacta en términos propagandísticos de ser una democracia laureada y suele ocupar puestos altos en índices que miden cuestiones de libertades políticas y civiles. No obstante, se han realizado múltiples críticas que van desde el pluralismo político hasta la propia transparencia electoral de la potencia del norte, y muchos de los cuestionamientos hechos a índices como el *Democracy Index* de *The Economist* pasan, justamente, por las calificaciones dudosamente altas que algunos países occidentales (en especial Estados Unidos) reciben en ellos.

Las dos principales críticas (que en opinión de quien escribe, se hacen a veces de manera demasiado superficial) pasan por el sistema bipartidista y el Colegio Electoral presidencial (tema que queda reservado para otra instancia). El Partido Demócrata y el Partido Republicano están entre los partidos políticos más antiguos del planeta y se alternan en el poder desde la década de 1850. Dado que Estados Unidos emplea un sistema mayoritario de suma cero a prueba de divisiones, casi todas sus elecciones han sido históricamente polarizadas. La última vez que un tercero obtuvo una cantidad apreciable de votos fue con el fundador del Partido Reformista, Ross Perot, que en 1992 y 1996 alcanzó un 18 y un 8% de las preferencias.

En sí criticar un sistema bipartidista como una demostración de falta de competencia política (o yendo más allá, falta de representatividad democrática) no tiene demasiado asidero. Si bien la teoría líder sobre el origen del bipartidismo (la Ley de Duverger) lo considera una consecuencia directa de un sistema electoral mayoritario, son múltiples los factores que conducen a este. Sin embargo, en el caso de Estados Unidos, la estructura del modelo bipartidista en efecto tiene aspectos muy cuestionables, que bien podrían afectar el grado de democracia del país del norte.

Críticos del sistema político estadounidense tienden a señalar que las similitudes en el manejo institucional de ambos partidos convierten esencialmente al bipartidismo en un sistema hegemónico muy poco competitivo. La candidata presidencial del Partido Verde en 2012 y 2016, Jill Stein, fue tan lejos como para tildar al sistema de “dos partidos corporativos convertidos en uno”. En la última década esto ha cambiado en términos ideológicos: ambos partidos han experimentado virajes y competencias internas que los han alejado de su centro, hoy la política estadounidense está más polarizada y competitiva que nunca (ejemplo de esto es que las carreras presidenciales son cada vez más ajustadas, las mayorías congresionales cada vez más estrechas y el margen de cooperación bipartidista se ha vuelto casi inexistente). No obstante, hay puntos que señalar.

El manejo electoral de los Estados Unidos es, en realidad, bastante opaco. No existe una entidad completamente independiente a cargo de la administración de las elecciones, sino que esta queda a cargo de las Secretarías de Estado de cada estado. La forma en la que una persona llega a ocupar este cargo varía por entidad. En algunos es electo, lo que de todas formas lo somete a influencia partidista, y en otros es directamente designado por el gobernador, lo que lo condiciona al oficialismo de turno.

Las autoridades se ocupan de confeccionar el registro de votantes, lo que ha dado lugar a sonados debates por restricciones de los derechos de voto a grupos vulnerables. En la mayoría de los estados no se aplica el registro automático de votantes, sino que el elector debe registrarse para poder votar, facilitando que se puedan cometer arbitrariedades en base a los requisitos que algunos estados imponen. Esto causa un impacto considerable en la participación política, pues varios estudios mostraron que aproximadamente un cuarto de los estadounidenses no se registra para votar.

Un caso muy publicitado donde esto fue objeto de controversia fue Georgia en 2018, en el cual Brian Kemp, candidato republicano, era secretario de Estado y, por tanto, supervisó su propia elección como gobernador. Derrotó a la demócrata Stacey Abrams (a la sazón, afroamericana) por menos de 55.000 votos en medio de denuncias de que las autoridades electorales habían privado de sus derechos a más de 300.000 votantes registrados al afirmar falsamente que habían cambiado de domicilio. Una desproporcionada mayoría de estos electores eran afroamericanos. Este año se repetirá una revancha de esta contienda.

A la hora de votar, la verificabilidad del elector varía por estado. En treinta y dos estados se requiere algún tipo de identificación, la cual suele tener un costo monetario. En dieciocho entidades (incluyendo varias de las más pobladas y bastiones demócratas, como California) no se solicita al votante ningún documento de identidad para emitir sufragio. La justificación ha sido que varios grupos minoritarios enfrentan dificultades para acceder a una identificación con su foto, y que excluirlos del registro por no poseerla constituye una "discriminación".

Estados Unidos es donde surgió el concepto de *gerrymandering* o la manipulación de distritos electorales con el objetivo de lograr una ventaja para a un partido, grupo étnico o estrato social determinado, y las críticas por su uso constante en las elecciones de órganos legislativos son moneda corriente. La delimitación de los distritos electorales está, también, absolutamente subordinada al control partidista, puesto que debe ser aprobada por la legislatura estatal. Si un partido controla el legislativo, puede aplicar el *gerrymandering* con escasa oposición, salvo quizás una intervención judicial conveniente.

Numerosas veces la composición final del mapa ha estado sometida a las internas políticas del momento. Un gobernador con una legislatura hostil puede vetar un mapa que le sea desfavorable, mientras que una legislatura con mayoría de dos tercios puede anular el veto del gobernador e imponer un mapa que la favorezca. Esta elección vio a varios estados envueltos en acaloradas disputas judiciales por la imposición de mapas injustos para alguna de las dos partes.

Una última nota, del sinfín de temas controvertidos que envuelven la política electoral norteamericana, es el voto por correo, que ha ido en aumento desde la llegada del Covid-19. Aunque los casos documentados de fraude electoral por medio de esta vía de votación en realidad son pocos, sí hay múltiples cuestiones en torno a su regulación y verificación segura. Desde la elección de 2020, el ala trumpista del Partido Republicano ha enarbolado la bandera contraria al voto por correo.

Conclusión

Hablamos de un país con más de 332 millones de habitantes, la economía más grande del planeta, miles de cargos electos al mismo tiempo y la obvia trascendencia internacional que supone ser la única superpotencia mundial. Es comprensible que siempre quede mucho por decir cuando se analizan los procesos políticos, y que sea además complicado de concluir.

Este proceso se resume en dos posibles interpretaciones: un plebiscito sobre la gestión de Joe Biden y el impulso de una eventual candidatura de Donald Trump. Si bien los precedentes apuntan a un triunfo republicano, lo cierto es que la contienda es impredecible. Tanto Biden (que logró derrotar a un presidente en ejercicio por primera vez en casi treinta años) como Trump (que

retiene un control sin precedentes sobre un partido político a pesar de haber perdido la presidencia) han sabido desafiar convenciones y tradiciones políticas con décadas de arraigo. Valga la redundancia, no debemos sorprendernos demasiado si este 8 de noviembre viene con sorpresas.

Glosario ideológico:

- Moderado = Tanto para los Demócratas como para los Republicanos, un político se define como "moderado" cuando sugiere que no es intransigente y está abierto a discutir algunas de sus posturas. Sería básicamente el "centro" en ambos partidos.
- Liberal = Por fuera de la connotación que se le da en otros países, en Estados Unidos un "liberal" es una referencia a un político de centroizquierda. Podría dársele una redefinición como "social liberal".
- Conservador = De la misma manera, en Estados Unidos "conservador" refiere a un conservador social y fiscal. Un conservador en el Partido Republicano puede o no ser del espacio de Donald Trump. El término "trumpista" no es demasiado utilizado, siendo más empleado el término MAGA (Make America Great Again) para referirse a los partidarios del expresidente.
- Progresista = Mientras que "liberal" refiere a centroizquierda, un "progresista" ya estaría en el ala "izquierda" del Partido Demócrata. Muy pocos izquierdistas en Estados Unidos se definen como "socialistas" (solo el ala dura de los Demócratas, conocidos como el *squad*).

